

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XIII

Octubre de 1936

Núm. 136

Puntos de vista

Don Julio Vicuña Cifuentes

La muerte de don Julio Vicuña Cifuentes cerró el ciclo de una existencia noble y laboriosa. Cuando dió a la estampa su célebre libro «Cosecha de otoño», en 1920, la crítica de ese tiempo dijo con razón, que el poeta había unido en un admirable consorcio lírico, las graves modulaciones del alma clásica con la inquietud de los renuevos modernistas. Don Julio Vicuña tendía con su libro un puente de fina intención armoniosa entre un pasado que no quería morir y una primavera que estallaba vibrante en la poesía chilena. Estaba dotado de un férvido amor a la vida y un raro don de comprensión de las formas austeras de la cultura. Era un humanista sin las cejijuntas preocupaciones que parecen ser de rigor entre los ejemplares de ese tipo de hombres, en nuestros medios. Cada vez que cantaba, lo hacía como doliéndose del tiempo que huye sin remedio y toda su naturaleza apasionada, se erguía para detener el curso fatal de la existencia que pasa. Había en él algo como el soplo, alegre y melancólico a un tiempo, de Anacreonte coronado de rosas. Como él cantó en la cima de la vida, el amor doloroso y el sentimiento irreparable de lo que no volverá. «Adorables chiquillas de pintadas ojeras,—de arrebolados pómulos y cimbrantes caderas—venid a divertir nuestro dolor:—el dolor de ser viejos, dolor de los dolores;—ceñid las frentes mustias con pámpanos y flores—y dadnos a beber vuestro licor».

Tal era la médula de su poesía y tal el perfil de su naturaleza humana. Pero había además en él, el estudioso incansable, clásico en su cultura, cuya prosa noble y serena se había revelado en sus discursos, especialmente, cargada de sabiduría. En «Los mitos y supersticiones» y en «Los romances populares», dos obras de valor definitivo para el estudio del alma chilena, en la raíz de sus cantos y consejas y en la superstición, Vicuña Cifuentes rastreó con pasión de erudito a la vez que de poeta, los orígenes más remotos de la poesía popular. «El pueblo chileno, decía al incorporarse a la Academia Chilena correspondiente de la Real Española, ha conservado en la memoria muchas de aquellas coplas españolas que recibió por transmisión oral y aun puede decirse que el acervo se mantiene intacto, en lo que con el número se relaciona, pues las antiguas que ha ido olvidando, las ha reemplazado con las que llegan a él de bien diversos modos—la tradición, el teatro, las pequeñas colecciones impresas, vendidas a ruin precio—y hasta alguno muy peregrino, merced al cual gusta el campesino rudo el picante sabor del cantar andaluz, endulzado por el confite alicantino a que sirve de envoltura. El pueblo no asimila, empero, todo lo que recibe, sino lo que la criba étnica deja llegar hasta su alma. Joyas populares de ternísima poesía no logran halagar su oído y fijarse en su memoria, en la que tal vez se clava para siempre la aguda saeta de un cantar epigramático o se adhiere por sus aristas la burda copla en que campea el más desdeñoso desapego. Y es que en el alma del pueblo chileno ha influido más la desnuda aspereza de sus montañas, que los cármenes risueños de sus valles; más el rumor de las olas embravecidas de sus mares, que parecen incitar a la lucha, que el silencio de sus bosques y la plácida serenidad de sus lagos, que invitan a la contemplación y al ensueño».

Así, con la claridad de estos elementos fué construyendo el poeta y el estudioso, el alma popular y la imagen más exacta del roto, personaje, según expresó en su estudio sobre la poesía popular chilena, «de rasgos inconfundibles, que no destila mieles ni ternezas, aunque sí donaires y epigramas; que no ruega ni se discul-

pa, sino que define y busca soluciones; que no pide al amor y a la amistad, más de lo que a la amistad y al amor él está dispuesto a conceder; que «no se muere por nadie, para decirlo con palabras suyas, pero que tampoco quiere que nadie se muera por él». Es, pues, imposible intentar un estudio del alma chilena en sus realizaciones populares, sin antes revisar el archivo lleno de realidad y poesía áspera y viril o fatalista que llena las páginas de esos libros fundamentales en la obra del escritor ilustre que acaba de morir.